



CADAVERES A LA MARINERA

lla su preparación, pues en vez de ingredientes se va echando en la olla lo que sigue: a ojo, según el peso de las viandas, diez o doce kilos de cadáveres difuntos, pero tiernos. Los kilos. Porque los cadáveres conviene que estén debidamente congelados para que no «canten» demasiado y, sobre todo, para que no lloren los ojos en el instante de troncharlos. Es importante que ningún pariente querido presencie la condimentación (a base de incensos y gelatina), ya que ésta aviva recuerdos y se pierde mucho tiempo hablando de lo bueno que era el cadáver en cuestión antes de darse de baja. Por eso precisamente es un plato muy antiguo. Y muy rico. Por la

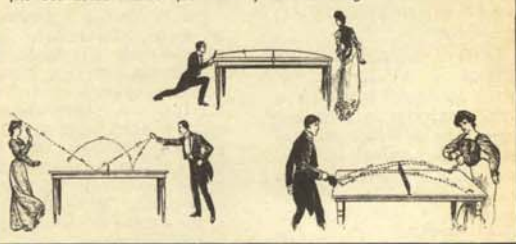
de recuerdos que aviva. Si- gamos. Una vez que todo está a punto de hervir se coge la olla y con ella de- bajo del brazo se va uno a charlar con los marineros del puerto durante un fin de semana. Y el lunes, a la hora de almorzar, se lo mete uno entre pecho y espal- da. Como quien no quiere la cosa. ¡Y a gozar como una bestia! Pero, cuidado: se ha intentado preparar este mis- mo plato a base de charlas con el campesinado, pero no es lo mismo. Háganme caso: cadáveres a poder ser de tierra adentro y de bue- na familia, y las charlas con la gente del litoral, que huele a marisco. Córnase en vigilia. Redíme mucho. Créanme.

EL TAMPAS

Pocas cosas he comido en mi vida tan deliciosas y diges- tivas como los cadáveres a la marinera. Tan sólo en un par de afortunadas oca- siones degusté platos igual- mente sabrosos. La prime- ra fue en París, donde me comí unas maravillosas os- tras-madres del golfo de Bengala; la segunda ocurrió en la península de Crimea, ante aquellas escandalosa- mente penetrantes pechugas de caviar en veda. Pero muy pocas, insisto, poquí- mas veces he notado aquí, en el cielo del paladar, aro- mas tan evanescentes como los producidos por los ca- dáveres a la marinera. Y yo, que no soy partidario de la envidia, ni mucho menos, sino más bien un generoso divulgador de los goces ter- renos, quisiera divulgar ahora los secretos culinarios de dicho plato para que todos los lectores se apre- suren a hacerse adictos a él. Vale la pena. Créanme. Pues bien, es muy sencí-

JUEGUE AL PING-PONG CON SU SEÑORA CON VISTAS A LA PROXIMA TEMPORADA POLITICA

¡El deporte de la armonía y los grandes encuentros!
¡Prepárese para las próximas alianzas políticas!
¡No haga usted el ridículo jugando sólo al rugby!
¡El ping-pong es el deporte de los hombres con futuro!
¡No sea usted menos que Nixon y Mao-Tse-Tung!



el quijote apócrifo



Así como divisaron don Quijote y Sancho el restaurante donde se celebraba una cena política, aunque ignorantes de este suceso, se dirigieron a él con la intención de reponer fuerzas, con gran regocijo de Sancho, que desde la última «boda del año», uséase, las bodas de Camacho, no había repostado hasta la saciedad su barriga.

El portero del restaurante, viendo venir al caballero tan armado y dispuesto, le confundió al parecer con otra persona y llamó al «maitre», diciendo: —Ya llega el orador famoso por su belicosidad y dialéctica violenta.

Condujeron a don Quijote al salón, totalmente abarrotado de comensales, a pesar de los mil veinticinco maravadises que el cubierto costaba, que le aclamaron incesantemente, y tanto le regalaron y cuidaron que no tuvo más remedio que corresponder acomodando al propósito el viejo romance de Lanzarote, y dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero de políticos tan bien servido como fuera don Quijote cuando de su aldea vino: centristas curaban déj; dimitidos, del su rocino.

Al oír estas palabras, el que

presidía la cena le preguntó en voz baja:

—¿No sois, pues, el líder de la oposición tolerada?

A lo cual contestó don Quijote en voz alta para que todos los asistentes le oyeran:

—Ni soy líder, sino esclavo de la señora de mis pensamientos, la sin par Dulcinea del Toboso, ni tolero oposición, pues fuese la que fuese, saltaría en trizas ante la acometida de mi invencible y poderoso brazo. Y en vista de la favorable acogida que me han dispensado, quiero exhortar a vuestras señorías a que se armen caballeros los que no lo fueren, y profesen la orden de la andante caballería, empuñando las armas para limpiar la faz de la Tierra de la canalla de follones y ma- landrines que en ella habitan.

No gustaron estas razones a los asistentes, de recién estrenada coloración centro-derecha, por juzgarlas una incitación subversiva, y tomando a don Quijote por un agitador profesional, arremetieron contra él y le expulsaron del local, dejando al caballero molido y magullado, atendido por Sancho Panza solícitamente, pues ya había saciado su apetito.

PIBE HAMETE

PREGUNTA UNA MADRE: ¿QUEDAN AUTÉNTICOS BUENOS PARTIDOS?

Haciéndonos eco del palpito de la opinión, creemos prestar un servicio a la comunidad reflejando aquí la angustia de una madre que, hace muy poco y en sitio que no hace al caso, nos confiaba sus profundas preocupaciones. «¿Hay —decía— todavía, realmente existen aún lo que toda la vida se ha llamado, hemos llamado, buenos partidos?». El problema se ha planteado con toda su crudeza en estos últimos tiempos en que todos los valores que sostenían nuestra civilización han comenzado a tambalearse peligrosamente. Hoy, muchas madres comparten la pena y el desencanto de esa que nos planteó la cuestión.

Miles de madres han enseñado a sus hijas, paciente, abnegadamente, el arte de la sumisión, el bordado, la cocina, la charla intrascendente o el chismeo, el cambio de pañal (recordamos, emocionados, el tradicional certamen de cambio de pañales que enfrentaba a las más lindas muchachas del país) y otras habilidades con las miras puestas en los buenos partidos. Muchachos ejemplares y píos, patriotas y encorbatados, serios y formales, con sus papeles debajo del brazo (cartilla militar y título profesional) y dispuestos a contraer matrimonio canónico y a ser viriles caríatides de la sociedad y la familia...

Y este es el asunto: ¿existen esos chicos maravillosos? Muchas madres han criado con el esmero más exquisito a sus hijas y luego se han encontrado con un yerno con unas melenas hasta las ingles, apestando a petardo, a lo mejor, incluso, ganándose la vida pintando cosas que nadie entiende (ni siquiera ellos) o tocando guitarras de calambre en antros de perdición.

No hace falta describir el desencanto y la pena de estas madres amantísimas, su profunda desazón, su explicable inquietud.

Reconozcamos que las cosas no van del todo bien, pero hay, sin embargo, un resquicio de esperanza. Asociaciones varoniles en cuyo seno sólo reina la reciedumbre ibera, su inmarchitable religiosidad, su caballerosidad innata, su inatacable conservadurismo del más moderno corte

canovista... No, señoras nuestras, no todo está perdido. España sigue siendo reserva espiritual de buenos partidos y quizá, quizá, podamos dar pronto una noticia sensacional... Digamos que muy pronto una Feria de la Coyuntura será inaugurada en una ciudad castellana cuyo solo nombre hace resonar en los oídos de todos las trompetas de la gloria.

AEMILIUS

